



DIEGO ARÁNEGA
opinio@lamanyana.cat

“No todos los niños traviesos e inquietos son hiperactivos”

La famosa hiperactividad, técnicamente conocida como el Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH), es un síndrome conductual con bases neurobiológicas y un fuerte componente genético. Es una enfermedad muy frecuente, que afecta entre un 3,5 y un 5 por ciento de la población infanto-juvenil, siendo unas 3 veces más frecuente en varones. Se trata de un trastorno neurológico del comportamiento caracterizado por falta de atención, inquietud motora, inestabilidad emocional y conductas impulsivas. Tiene una muy alta respuesta al tratamiento, aunque puede dar lugar a graves problemas psiquiátricos.

— **Preocupante, ¿no?**

— Sí, y por eso debemos tratar a estos niños antes de que fracasen en los estudios y, lo que es más grave, antes de que tengan problemas de conducta.

— **¿Se saben las causas?**

— Se sabe que no hay causas educativas, de manera que no hay que culpar ni a padres ni a maestros. Son niños que han nacido así, con unas ciertas diferencias en el cerebro. En concreto, hay una zona del cerebro que madura más tarde y eso genera problemas. También hay una cierta carga genética, que se está estudiando.

— **¿No afecta el entorno?**

— También, aunque no por sí solo. Pero una de las cosas que más nos preocupa es la existencia de falsos hiperactivos.

— **Se refiere a que se utiliza ese término muy alegremente, ¿verdad?**

— Claro. Hay niños que son muy inquietos o traviesos, pero que no son hiperactivos. Es muy importante diferenciarlos y si lo son hay que diagnosticarlos y tratarlos.

— **¿Hay solución?**

— Hoy en día hay terapias muy completas, que no siempre resuelven el problema del todo, pero que ayudan extraordinariamente. De hecho, si estos niños son diagnosticados pronto y si su tratamiento es correcto, llegan a ser unos adultos perfectamente normales.

— **¿Cómo es el tratamiento?**

— Es multimodal, es decir, que hay que tratar tres aspectos. Uno, fundamental, es la educación, es decir, que los padres aprendan a superar esta batalla. Otro aspecto es el psicopedagógico, que tiene como objetivo ayudar a estos niños en su aprendizaje o en su conducta. Por último, hay un tratamiento psicofarmacológico.

— **Siempre aparecen los fármacos.**

— En este caso, hay medicinas que aceleran la maduración neurológica de los niños, de manera que ayudan a avanzar en los otros dos as-

Jordi Sasot Llevadot

SIQUIATRA INFANTO-JUVENIL

El especialista en trastornos de la conducta de los niños y de los adolescentes, Jordi Sasot, fue el encargado de abrir un ciclo de dos conferencias sobre Infancia y Violencia, organizado por el departamento de Ciencias de la Vida y la Salud del Institut d'Estudis Ilerdencs (IEI). El doctor departió sobre la hiperactividad, una enfermedad que está en boga y que, tal vez por eso, es bastante desconocida.

pectos. Repito, hay que actuar a tres bandas.

— **¿Cómo pueden los padres detectar el problema?**

— Realmente, la hiperactividad no se puede diagnosticar hasta los 6 años porque es a esa edad cuando el cerebro alcanza una cierta madurez neurológica. Por tanto, hay que empezar a preocuparse si a partir de esa edad, los niños o niñas son muy inquietos, si no pueden estar sentados o si son muy impulsivos y no le tienen miedo al peligro. O también si tienen dificul-



“Los padres deben reaccionar antes de que sus hijos sean adolescentes disociales”

tades para leer y escribir y a la vez son olvidadizos. Es entonces cuando hay que hacer un diagnóstico y yo defiendo que lo haga un médico: un psiquiatra, un pediatra o un neurólogo. Hay

que tener en cuenta que el tratamiento, como ya dije, incluye los fármacos y, por tanto, hay que tener mucho cuidado. Y una vez diagnosticada la enfermedad, hay que implicar a los pe-

dagogos para que den su opinión.

— **¿Cada vez hay más casos?**

— Cada vez hay más diagnósticos, pero eso se produce, sobre todo, porque nuestro entorno cada vez es más propenso a que salgan a la luz más casos. Por ejemplo, un niño de antaño que vivía en una masía de montaña donde había mucha actividad, pues seguramente pasaba desapercibido. Por contra, los niños de ahora viven en pisos pequeños y se pasan el día sentados en la escuela, lo cual hace que los síntomas afloren más.

— **La vida de ciudad no es nada sana...**

— También puede afectar que los padres, en general, no tengan tiempo para jugar con los hijos o que deleguen muchas funciones.

— **¿Y si no se trata la enfermedad, qué consecuencias pueden derivarse?**

— En primer lugar, se producirá un fracaso escolar, de manera que aunque estén capacitados para estudiar en la universidad, no llegarán a nada. Pero insisto que con un tratamiento no hay problemas de estos.

— **¿Y la agresividad?**

— Más de la mitad de estos niños tienen un segundo diagnóstico. Y más de la mitad de éstos, tienen trastornos en la conducta. En resumen, una tercera parte de los niños hiperactivos e impulsivos también sufren un trastorno de conducta denominado negativista-desafiante.

— **Eso suena grave.**

— Así es. Son niños que con apenas 6 u 8 años son muy desafiantes hacia la autoridad de sus padres y de los maestros. Y si eso avanza, a los 11 o 12 años se convierten en niños con conductas disociales.

— **¿Cometen fechorías?**

— Bueno, pueden hacer pequeños hurtos, cometen gamberradas y pueden llegar a desarrollar crueldad.

— **¿Violencia?**

— Sí. Le pondré un ejemplo muy reciente y real. Un grupo de niños de Barcelona, de unos 12 años, compró unos pollitos en las Ramblas y, mientras uno los quemó con gasolina, otros lo grabaron en video y lo colgaron en internet. ¿Cómo es posible que unos niños hagan eso? Pues así es, e incluso son capaces de levantar la mano a sus padres.

— **Es complicado para los padres...**

— Sí, a veces creo que sufren una especie de síndrome de Estocolmo. Hay familias que están tan acostumbradas a vivir con niños difíciles que lo han aguantado casi todo y sin exponer el problema a ningún especialista.

— **Y entonces ya es muy tarde.**

— Claro, muchas veces el amor a los hijos, el intento de encontrar una salida y la ignorancia, hacen que a muchos padres se les vaya el tema de las manos. Y ya es tarde. Es mucho mejor diagnosticar en la infancia que en la adolescencia.